

lo que no es poca honra para el costarricense y para su patria. Por lo demás, la edición de ambas obras es casi contemporánea.

HABLÁBAMOS de haber rendido homenaje a Italia en el sexto centenario de la muerte de Dante, con la creación de una Cátedra de Cultura Italiana (véase el número 12, tomo III, del REPERTORIO). Pues bien, en Venezuela lo han hecho así, como puede verse por lo que dice *Cultura Venezolana*, Caracas, en su número de setiembre del año en curso.

Creación de una Cátedra de lengua y literatura italianas.

El 14 del presente mes dictó el Ejecutivo Nacional un decreto creando en esta ciudad una cátedra de lengua y literatura italianas.

Juzgamos este decreto un hecho muy trascendental, pues contribuye a reforzar los lazos que existen entre nuestro pueblo y la noble nación italiana, y además, porque tiende a introducir en nuestra cultura un valor que hasta hoy, doloroso es decirlo, no ha sido suficientemente apreciado en Venezuela. Este valor es el cultural italiano. La mente patria ha estado gobernada siempre de un modo muy marcado por las influencias francesas y españolas, y en cambio la italiana, que forma hoy sin duda la segunda persona de la trinidad latino-europea, ha permanecido, no diremos desdeñada, pero sí ignorada.

Y esta ignorancia—que no puede atribuirse a falta de simpatías, ya que la colonia italiana es aquí una de las más extensas y apreciadas, hay por fuerza que explicársela como resultado del desconocimiento de la bella lengua del Dante. Otra prueba mayor, si se quiere, es el prestigio de que gozan los autores italianos que están traducidos. Pero lo que conviene saber es que estos autores, cualquiera que sea su número, constituyen los representantes de algunas tendencias—científicas o artísticas—que están sostenidas o contrariadas por otros, mucho más numerosos, y, a veces, más importantes, pues la evolución intelectual del pueblo italiano es hoy una de las más intensas y vigorosas en el mundo.

Muy hermosa, y cónsona con el alto fin que se propone, ha sido la ocasión elegida por el Ejecutivo Nacional, para dictar el decreto a que se refiere esta nota, pues de ninguna otra manera se honraría tanto la memoria del cisne Ghibelino, afianzador de la lengua italiana y remoto precursor de la unidad nacional.

Reciba, pues, el Ejecutivo, nuestra felicitación por el hermoso acto realizado.

A MOISÉS VINCENZI

Lunes en la noche, 31 de octubre.
París, 14 rue Bréa, 14, VI^{ème}

Amigo muy querido:

Hoy en la tarde recibí tu *Mensaje a las Juventudes de nuestra América*, que ya había leído y que había admirado. Veo que ya vas buscando aquello que a tu obra anterior le faltó: un sentido dinámico, una fuerza de expansión social, necesaria a la vida de las ideas. Comprendo admirablemente que en el espíritu del metafísico va naciendo el afán de la acción ideológica, tan alto como el principio que la mantiene. Sócrates nunca subió a la cátedra sin tener en sus músculos el vigor que le dejaban los ejercicios del gimnasio: tras de la forma que sustenta un efebo de la Grecia, se escondía el sutil comentador del pensamiento. Y estas cosas son más necesarias en nuestra América que aclama la vida de la fuerza, la rotación de las ideas, un anhelo que una el pensamiento al acto que preconiza: ya lo dije en alguna parte: América abunda en políticos, pero faltan ideólogos... La política—exceptuando el caso de Rodó, de García Calderón, en fin, del núcleo actual del México dirigente—, es un oficio de gentes ociosas, de mediocridades sin prestigios que piensan que la *erudición* es pensamiento y es seriedad. ¡Oh, maestro France, cómo ignoran que una estantería de libros puede matar a un hombre!... Está bien, una fuerza de originalidad, un impulso que sobreponga el sentido del porvenir al del pasado que nos ahoga es lo que pedimos cuantos trabajamos en los campos de la inteligencia: por eso si este *Mensaje* se llegara a leer—cosa difícil, pues que en nuestras tierras se desconoce todo intento de mejoramiento espiritual!—seguro estaría de que su beneficio sería inmenso, sería provechoso para los jóvenes que se inician en las disciplinas más nobles de la inteligencia. Pero, ¡ay! amigo, en América no existe sino el *parvenu* de las letras, de la sociedad, en fin de todas las instituciones que en Europa son como la nobleza que aun perdura. En esto no imitamos, en esto sí somos originales: en el improvisamiento, en la audacia para desconocer el peligro que nos puede lanzar al fracaso o la gloria... pero, qué digo, a la fama del boulevard, no a la serena gloria que tiene resplandores de heroicidad, grandezas de ilusión...

La importancia de este *Mensaje* se eleva hasta pedir normas en la filoso-

CARTA

fía, en la ciencia, en la literatura, cuando aún carecemos de ellas. Mientras viví en América, seguí de cerca todo el movimiento literario (intelectual) del continente y no pude encontrar una sola fuente que me hablara de un valor científico, estético o filosófico verdaderamente real. Después de casi dos años de vida en Francia, he perdido de vista tan interesante movimiento; pero sin embargo, no creo que en tan poco tiempo, las cosas hayan cambiado radicalmente. Ingenieros en la ciencia—me detengo en los actuales—ha dado importantes contribuciones, pero en su obra hay muchos cabos de Sorbona, de ciencia alemana; F. García Calderón, en las ciencias sociales con un mucho de francesismo en su inteligencia que encanta, en su inteligencia de humanista con elegancias finísimas; los dos pensadores mexicanos, Caso, cristiano y positivista, Vasconcelos, teósofo y helenista de la buena época aristotélica o alejandrino del tiempo de Plotino, en los campos de las grandes síntesis en las escuelas filosóficas reinantes en la Europa actual; los hermanos Henríquez Ureña, lingüistas notables; y no olvidemos ni por un instante tantos y tantos hombres ilustres que llenan las letras de América, como Donoso, Zaldumbide, Lugones, V. García Calderón, Reyes, el Dr. Varona, el gran escultor Muñé, como su compatriota Carlos Castellanos, cuyos lienzos han traído la originalidad de América a los salones de París, en donde se agotaba una vegetación de invernadero. Toda esta *élite*—y perdón por los que olvido que son muchos—tras una labor de *americanización* de lo que absorbemos en Europa, va encontrando una orientación poderosa en nuevos campos del espíritu. Ahora como nunca pienso en las fuerzas de América y en ellas confío cuando veo levantarse inteligencias como las del autor de este *Mensaje*, que cuento entre mis mejores amigos del continente. Todas estas manifestaciones, hoy desconocidas, serán otras que nos hablarán de un pasado de fuerzas que lucharon por la conquista de lo que el tiempo va dando.

De lo propiamente mental, dialéctico, del *Mensaje* que me ha traído hoy de América un poco de alegría en la tristeza del otoño, no me ocupo, pues en esta carta, que va más al público que al autor, sobraría un análisis de un asunto que sabiamente presenta el joven filósofo: no quisiera sino que los lectores de estas frases más leyeran con cuidado el *Mensaje* y más anuque lo meditaran en silencio, porque